

“PARA PUBLICAR EN ACTAS”

XVI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

9 al 11 de agosto de 2017 / Mar del Plata-Buenos Aires

MESA 54

Historia de las relaciones internacionales y la integración regional de América Latina, siglos XIX, XX y XXI.

Coordinadores

Julián Kan (UBA, UNQ) / Leandro Morgenfeld (UBA, CONICET) / Alejandro Simonoff (UNLP)

AUTOR: *Leandro Morgenfeld*¹

TÍTULO DE LA PONENCIA: “Kissinger y la Argentina”

Resumen

La figura de Henry Kissinger es clave para entender el rol de Estados Unidos, antes, durante y después del golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Más que una política de *no intromisión* por parte de Estados Unidos, lo que hubo fue un doble discurso del Secretario de Estado, planteando en público su preocupación por la violación de los derechos humanos, y en privado avalando el terrorismo de estado, conocido por la Administración Ford apenas semanas después del golpe. En dos entrevistas entre Kissinger y el canciller argentino César Augusto Guzzetti, en junio y septiembre de 1976, el primero respaldó el terrorismo de Estado y hasta sugirió que “hicieran lo que tuvieran que hacer” lo más rápidamente posible. Y esto perduró, más allá de las voces disidentes en el propio gobierno estadounidense y en la opinión pública de ese país. Los nuevos documentos desclasificados por Estados Unidos en 2016 y 2017 arrojan más luz sobre el apoyo de Kissinger a la dictadura, incluso luego de abandonar el Departamento de Estado, ya durante la Administración Carter. En esta ponencia nos enfocamos en el rol de quien fuera un funcionario clave de Nixon y Ford, en el vínculo de Estados Unidos con la dictadura argentina y en qué tensiones implicó su posición al interior del gobierno de Estados Unidos.

¹ Dr. en Historia. Profesor UBA e Investigador Adjunto del CONICET radicado en el IDEHESI. Co-Coordenador del GT CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”. Correo: leandromorgenfeld@hotmail.com.

Introducción

Henry Kissinger jugó un rol central en la elaboración de la política exterior estadounidense, y en particular en el vínculo con las dictaduras en el Cono Sur. En esta ponencia indagamos, en particular, su relación con la Argentina, no sólo cuando se produjo el golpe de 1976, y él encabezaba el Departamento de Estado, sino en los primeros tiempos del gobierno de Carter.

La Casa Blanca, tras haber apoyado el golpe de Augusto Pinochet contra Salvador Allende, que generó rechazo en muchos países del continente, intentó recomponer las relaciones con América Latina. Richard Nixon y Kissinger, quien en septiembre de 1973 fue nombrado Secretario de Estado –aunque ya era un asesor clave en materia de política exterior-, lanzaron un *Nuevo Diálogo* con la región. Durante el gobierno de Isabel Perón (1974-76), la relación bilateral fue contradictoria. Desde la Casa Rosada se enviaron señales a Washington para mejorar el vínculo, a la vez que se anunciaron ciertas políticas nacionalistas que afectaban importantes negocios estadounidenses. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y la banca estadounidense retuvieron créditos destinados a la Argentina que ya habían sido aprobados, hasta asfixiarla financieramente, previamente al anunciado golpe de Estado.

El vínculo bilateral dio un giro desde marzo de 1976 cuando, luego de la asunción de Jorge R. Videla, se conoció el nombramiento como ministro de economía de Alfredo Martínez de Hoz, con fluidos vínculos con David Rockefeller y la gran banca estadounidense. Videla proclamó rápidamente su alineamiento con Occidente y la lucha contra el comunismo, siguiendo la *Doctrina de Seguridad Nacional*. Sin embargo, tras los primeros meses de la dictadura, los roces con la Casa Blanca estuvieron a la orden del día, fundamentalmente durante la Administración Carter (1977-81).

La figura de Kissinger es clave para entender el rol de Estados Unidos, antes, durante y después del golpe de estado del 24 de marzo de 1976. Más que una política de *no intromisión*, lo que hubo fue un doble discurso por parte del Secretario de Estado, planteando el público la preocupación por la violación de los derechos humanos, y en privado avalando el terrorismo de estado, conocido por la Administración Ford apenas semanas después del golpe. En dos entrevistas entre Kissinger y el canciller argentino César Augusto Guzzetti, en junio y septiembre de 1976, el primero respaldó el terrorismo de Estado y hasta sugirió que “hicieran lo que tuvieran que hacer” lo más rápidamente posible. Y esto perduró, más allá de las voces disidentes en el propio gobierno estadounidense y en la opinión pública de ese país. Los nuevos documentos desclasificados por Estados Unidos en 2016 y 2017 arrojan más luz

sobre el apoyo de Kissinger a la dictadura, incluso luego de abandonar el Departamento de Estado (Anderson, 2016; Ruiz, 2017; Verbistky, 2017).

Kissinger y la relación Argentina-Estados Unidos antes del golpe

Ni bien asumió, en 1969, Nixon procuró recomponer la relación con América Latina y resolvió enviar al gobernador de New York y ex rival en la interna republicana, Nelson A. Rockefeller, a visitar los países de la región. El viaje, que abarcó 20 países latinoamericanos, generó múltiples protestas y hechos de violencia, que recordaban la dificultosa gira de Nixon por la región en 1958, cuando era vicepresidente (Morgenfeld, 2013). Rockefeller elevó un informe tras su periplo, en el que recomendaba que su país disminuyera las restricciones a la ayuda exterior hacia la región y que le otorgara a los países latinoamericanos preferencias especiales para acceder con sus exportaciones al mercado estadounidense. Más allá de que Nixon prometió tener en cuenta las demandas planteadas por los gobiernos latinoamericanos, las emanadas del Informe Rockefeller y también las del *National Security Study Memorandum N. 15* (julio de 1969, bajo el comando de Henry Kissinger), en realidad la asistencia económica hacia la región se redujo significativamente: en 1971, por ejemplo, fue de sólo 463 millones de dólares, 50% menos que el promedio de la década anterior (Selser, 1971: 117). En el medio de una profunda crisis económica -que llevó a la devaluación del dólar- para Nixon y Kissinger, más allá de las expresiones públicas, América Latina no estaba entre sus prioridades.

En la Argentina, en tanto, después de 7 años de dictadura y 18 de proscripción, volvió el peronismo al poder, tras lo cual se tensaron las relaciones con Washington. El 12 de octubre de 1973, luego de un largo exilio político, Juan Domingo Perón asumió su tercera presidencia. Si bien mantuvo ciertos límites a los intereses estadounidenses -establecidos en la nueva ley de inversiones extranjeras-, moderó la confrontación y planteó la necesidad de un entendimiento con Estados Unidos, en función de su política de atracción de capitales de las potencias del llamado *mundo libre*. Profundizando los vínculos con Europa Occidental, a la vez, Perón pretendía conservar un margen de maniobra relativamente autónomo respecto de Estados Unidos. Sin embargo, en este período no faltaron los gestos positivos hacia Washington. Uno de ellos fue la firma en mayo de 1974 de un convenio para la lucha contra el narcotráfico, entre el ministro López Rega y el embajador Robert C. Hill (15 de febrero de 1974 al 10 de mayo de 1977). En el mismo se afirmaba el vínculo entre terrorismo y

narcotráfico, en línea con la estrategia de *guerra contra las drogas* iniciada por la Administración Nixon.

Esta política hacia Estados Unidos coincidió con el anuncio de Kissinger de un *Nuevo Diálogo* con América Latina, en la Conferencia de Tlatelolco, que reunió a los cancilleres americanos en febrero de 1974. El gobierno de Nixon, para intentar morigerar la reacción anti-estadounidense en el continente, que se había profundizado luego del derrocamiento de Salvador Allende, prometió abordar el problema del canal de Panamá y revisar medidas comerciales y financieras que afectaban a los países latinoamericanos, en un contexto de crisis económica internacional y caída de la demanda europea de bienes primarios. Una vez más, se desplegaba una combinación de *garrotes* y *zanahorias*. La CIA había participado activamente en el derrocamiento en Chile del primer gobierno socialista electo en América y también en el golpe de Estado en Uruguay. Meses después, el Departamento de Estado, ahora bajo la conducción del influyente Kissinger, prometía una nueva etapa en la relación con su *patio trasero*. Lo hacía en un momento de relativa debilidad, producto de su retirada poco honrosa de Vietnam, de la crisis económica y luego del estallido del escándalo *Watergate*, que terminaría con la renuncia de Nixon en agosto de ese año.

Ni bien fue nombrado Secretario de Estado, en octubre de 1973, Kissinger se entrevistó con el canciller argentino Vignes, expuso las concesiones económicas que estaban dispuestos a realizar en el marco del *Nuevo Diálogo* y destacó la importancia que tenía la Argentina para que la iniciativa llegara a buen puerto, lo cual llevó a Vignes a pretender erigirse como *vocero* de América Latina con el aval de la Casa Blanca. Sin embargo, en forma similar a lo que había ocurrido con la Alianza del Progreso una década antes, el *Nuevo Diálogo* nunca fue más allá de la retórica y las promesas, tendientes a aplacar la renovada *yanqui-fobia* regional. A pesar de ser un gobierno republicano, la doble estrategia de concesiones y presiones no parecía ser muy distinta a la desplegada una década atrás por sus antecesores demócratas, luego de la revolución cubana (Morgenfeld, 2012a). Las promesas hechas luego de la gira de Rockefeller, apenas un lustro antes, fueron descartadas.

Muerto Perón, su esposa Isabel, ahora a cargo de la presidencia, debió enfrentar una creciente crisis económica, que no hizo sino horadar su frágil base política. Necesitado su gobierno de créditos internacionales, la relación con Washington y con los organismos financieros fue clave. La política exterior se mostró sumamente contradictoria. Hubo un anuncio de nacionalización de las bocas de expendio de combustible, pertenecientes a la anglo-holandesa *Shell* y la estadounidense *Esso*, pero a la vez una retracción en relación con la actitud confrontativa respecto a la OEA iniciada durante la gestión de Cámpora. Vignes

operó para que el embajador argentino en Washington, Alejandro Orfila, fuera nombrado nuevo secretario general de la OEA. Suponían que su figura, de buena llegada a la Casa Blanca, mejoraría el vínculo bilateral, facilitando la atracción de inversiones estadounidenses (Escudé y Cisneros, 2000).

En pocos meses, Argentina pasó, entonces, de una suerte de impugnación de la OEA, denunciándolo como un instrumento de la política imperialista estadounidense, a negociar para lograr la elección de un diplomático local como máxima autoridad de ese organismo regional. Pero ese inmenso gesto hacia Washington -que resultó beneficioso para el Departamento de Estado, ya que Kissinger procuraba distender las relaciones interamericanas- no logró el apoyo político y financiero esperado. La gran banca estadounidense y el FMI retuvieron créditos ya aprobados para la Argentina en los meses finales del caótico gobierno de Isabel Perón, para alentar su agonía e impulsar a los sectores golpistas. Más allá de ciertas prevenciones de diplomáticos estadounidenses y del Capitolio, dominado por los demócratas desde 1975, Kissinger alentó fuertemente la toma del poder por parte de las fuerzas armadas, tal como había hecho dos años y medio antes con Pinochet (Morgenfeld, 2017).

Kissinger y Videla en 1976

El golpe del 24 de marzo de 1976 produjo un giro en la relación con Estados Unidos. No hubo intervención directa de la CIA, como en el caso chileno, pero sí un apoyo político, económico, diplomático y militar a la dictadura. El anuncio del plan de Martínez de Hoz, el 2 de abril, llevó a la Administración Ford a otorgar ayuda financiera a la Junta Militar encabezada por Videla. En los meses siguientes, fluyó también la asistencia militar. El ministro de economía, según la Casa Blanca, era una garantía para los intereses económicos estadounidenses en la región. Y el gobierno de facto, una garantía para el combate contra la subversión. Las fuerzas armadas, después del auge de luchas populares inaugurado por el Cordobazo y del traumático retorno del peronismo, daban seguridades a Kissinger de mantener al país en el rumbo occidental, cristiano y anticomunista. La Junta Militar parecía ser un resguardo para la *seguridad nacional* de Estados Unidos. Esto era música para los oídos de la administración republicana, a pesar de las voces en el Capitolio y en el propio Departamento de Estado que tempranamente cuestionaron la represión sistemática de los derechos humanos en Argentina. El gobierno encabezado por Videla, por su parte, quería evitar esas críticas y era consciente de que, siendo un año de elecciones presidenciales en

Estados Unidos, se tornaba difícil para la Casa Blanca apoyar públicamente y sin matices a una junta militar responsable de una cruenta represión interna.

Dos días después del golpe se reunieron Kissinger y William D. Rogers, Subsecretario de Estado, y debatieron sobre Argentina y la postura que debía tomar la Casa Blanca frente al golpe. Mientras Rogers anticipaba que se derramaría mucha sangre y aconsejaba *no apresurarse*, Kissinger planteó que los golpistas requerían del estímulo estadounidense y no quería dar la idea de que serían hostigados por Washington². Como bien recuerda Anderson en un reciente artículo, Kissinger fue casi inmediatamente advertido por su subalterno: “Pienso que tendremos que esperar un grado de represión bastante alto, probablemente una gran cantidad de derramamiento de sangre en la Argentina dentro de muy poco tiempo. Pienso que van a aplicar mano muy dura no ya para con los terroristas sino también con los disidentes gremiales y partidos políticos”. A lo que Kissinger le contestó: “Entonces tendremos que apoyarlos en todas las posibilidades con que cuenten... porque realmente los quiero apoyar. No deseo aparecer como que los EEUU los estén acosando...” (Anderson, 2016).

Estas dos posiciones resumían el debate dentro del Departamento de Estado: “Desde el 24 de marzo de 1976 quedaron expresadas dos posturas en el Departamento de Estado respecto al gobierno argentino. A aquellos que apoyaron decididamente la política de la dictadura se opuso la de quienes planteaban que no debían repetirse los errores cometidos en los casos chileno y uruguayo, que le valieron, al Departamento de Estado, quejas del Congreso y la opinión pública” (Mazzei, 2013: 22).

En un libro publicado hace seis años, Novaro cuestiona la idea del fuerte apoyo del gobierno de Estados Unidos al golpe, y plantea que, ya bien por la experiencia adquirida tras los golpes en Chile y Uruguay, ya bien porque pocos meses después habría elecciones presidenciales -donde el tema del apoyo a las dictaduras latinoamericanas fue parte del debate entre Ford y Carter-, prevaleció una postura más bien prescindente: “Argentina fue, ya entre 1975 y 1976, un caso aparte en el Cono Sur, tanto debido a la complejidad de los conflictos políticos que la atravesaban, como a la virulencia que había alcanzado en ella el fenómeno de la violencia política, y al menos así fue tratada por parte de una porción de la diplomacia norteamericana; lo que implicó que, más allá de las preferencias pro militares y anticomunistas que la guiaban (especialmente intensas en el caso de su jefe, el secretario de Estado

² Secretary's Staff Meeting, 26 de marzo de 1976, pp. 19 a 23. Citado en Mazzei (2013:10). La transcripción y traducción de ese diálogo está reproducida en Novaro (2011: 59-60).

Kissinger), esta mantuviera una actitud que en términos generales podemos denominar 'prescindente' frente al golpe de Estado (...)” (Novaro, 2011: 23).

A nuestro juicio, Novaro se circunscribe a las posiciones dentro del Departamento de Estado y soslaya, en cambio, el boicot financiero del FMI al gobierno de Isabel Perón en los meses previos al golpe, y el flujo de créditos que se dio a la Junta Militar en sus primeras semanas. Además, no toma en cuenta que, más allá de las posiciones diferentes en el Departamento de Estado -por ejemplo, las fuertes divergencias entre Kissinger y el propio embajador en Buenos Aires, Robert C. Hill-, en realidad terminó prevaleciendo la posición del jefe de la cancillería estadounidense. Escudé y Cisneros, a diferencia de Novaro, resaltan el fuerte apoyo estadounidense al golpe: “... la emergencia de un gobierno autocrático en la Argentina fue percibida como una salida 'necesaria' al caos generado por el gobierno de Isabel Perón. Así, desde Washington, medios de prensa y organismos oficiales emitieron evidentes gestos de la posición favorable de la administración Ford hacia el nuevo gobierno argentino. Un cable proveniente de la capital norteamericana informó acerca de la 'buena disposición' con que el Fondo Monetario Internacional saludaba al régimen militar argentino, mencionándose la posibilidad de que el gobierno de Videla obtuviese un crédito *santad-by* por 300 millones de dólares. A su vez, el propio gobierno de Ford recomendó el envío a los militares argentinos de 49 millones de dólares en concepto de asistencia militar para el año 1977³. Por cierto, estos gestos demostraron la positiva repercusión que en las autoridades y los hombres de negocios norteamericanos tuvo el plan liberal del ministro Martínez de Hoz, que apuntaba a la apertura financiera y la atracción del capital extranjero. Desde la óptica de la administración Ford, la política económica de Martínez de Hoz era una 'garantía de los intereses de la política económica exterior de los EE.UU.' y el gobierno de Videla constituía 'un factor de perfecta estabilización' después de 'las luchas con características de casi guerra civil' en los años de las administraciones peronistas” (Escudé y Cisneros, 2000).

Ya en junio, la CIA tenía conocimiento de la existencia del Plan Cóndor, la coordinación represiva con las dictaduras de Argentina, Chile, Bolivia, Perú y Paraguay para el asesinato secreto de perseguidos políticos. Sin embargo, ambas tendencias en el Departamento de Estado caracterizaban a Videla como la línea moderada dentro de la Junta Militar que gobernaba Argentina y eran renuentes a atacarlo directamente, supuestamente para no fortalecer su desplazamiento por parte de la *línea dura*.

³ En marzo de 1976 Kissinger, además de Secretario de Estado era Consejero de Seguridad Nacional. Recomendó al Congreso, cosa que fue aprobada, una solicitud de 50 millones de dólares de ayuda enfocada a la seguridad para la junta militar; monto luego incrementado reforzada meses más tarde en otros 30 millones. También se aprobaron ventas de aviones y se implementaron programas de entrenamiento militar.

Desde nuestra perspectiva, más que concluir que, a diferencia de los casos de Chile o Uruguay, en el caso argentino primó la política de *hands off* -de prescindencia o de distancia-, en realidad ocurrió algo similar que una década atrás. En 1966, a pesar de las simpatías para con Onganía, el reconocimiento diplomático de su gobierno se demoró unos días, a diferencia de lo que había ocurrido dos años antes con el golpe contra Goulart en Brasil. Como señalamos en un trabajo anterior (Morgenfeld, 2014), eso respondía a la necesidad de “guardar las formas”, o sea de no contradecir tan abiertamente la prédica democrática que acompañaba la Alianza para el Progreso.

Lo mismo puede decirse respecto al golpe de 1976. Más que una política de *no intromisión*, lo que hubo fue un doble discurso por parte de Kissinger, planteando el público la preocupación por la violación de los derechos humanos, y en privado avalando el terrorismo de estado, ya conocido por el Departamento de Estado semanas después del golpe. En las entrevistas entre Kissinger y Guzzetti, en junio y septiembre de 1976, el primero respaldó el terrorismo de Estado y hasta sugirió que *hicieran lo que tuvieran que hacer* lo más rápidamente posible⁴.

Así lo analiza Anderson en un reciente artículo: “Dos meses más tarde, durante una reunión con el ministro de RREE de Argentina, Kissinger le recomendó -guiño de ojo mediante- según un memorándum que escribió respecto a esta conversación, ‘Nosotros sabemos que Uds. están atravesando por un período difícil. Resulta un tiempo curioso toda vez que se juntan actividades terroristas, criminales y políticas, sin una separación clara entre sí. Comprendemos que deben ustedes adoptar una posición de autoridad bien clara... Si existiesen cosas que deben ser hechas, deberán ustedes hacerla rápidamente’.” (Anderson, 2016).

Según reportó el propio embajador de Estados Unidos en Buenos Aires, esto fue interpretado por el gobierno como una luz verde para avanzar con el terrorismo de estado⁵. Y esta línea política perduró, más allá de las voces disidentes en el propio gobierno estadounidense y en la opinión pública de ese país: “El agravamiento de la situación de los derechos humanos multiplicó los reclamos de los congresistas norteamericanos y de una segunda línea del Departamento de Estado que impulsaban sanciones económicas y militares hacia la Argentina. No obstante, se impuso la postura de Kissinger de no importunar a las

⁴ Novaro reproduce parte de la transcripción del segundo encuentro entre Kissinger y Guzzetti, del cual el último volvió “eufórico” (Novaro, 2011: 70-73). Véanse también Sheinin (2006: 163-164) y Rabe (2012: 143).

⁵ Véanse los documentos desclasificados y publicados por el National Security Archive (NSA): <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB545-Obama-brings-declassified-diplomacy-to-Argentina-on-40th-anniversary-of-coup/>

dictaduras latinoamericanas, consideradas aliadas en la lucha de Occidente contra el Comunismo” (Mazzei, 2013: 22-23).

Kissinger tras abandonar el Departamento de Estado: la visita de 1978

La situación comenzó a cambiar recién en enero del año siguiente, cuando los demócratas volvieron a la Casa Blanca. Durante la presidencia de James Carter (1977-81), uno de los ejes de su política exterior fue denunciar el no respeto de los derechos humanos en determinados países: El nuevo mandatario desplegó la política de promoción de los derechos humanos, en el marco de una estrategia global para recomponer la hegemonía norteamericana en el mundo, elemento que caracterizó la política de Washington hacia la dictadura argentina. Se condenaron las flagrantes violaciones de los derechos humanos por parte del régimen de Videla y, desde 1978, se suspendió la ayuda militar a Argentina. Claro que había al menos para Washington una doble vara. Mientras se sancionaba la violación de los mismos en Argentina, no se hacía lo propio con la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, ni había una condena al Plan Cóndor, impulsado por la propia CIA. Desde la llegada de Carter, en 1977 hubo un giro, desde una óptica supuestamente realista, defendida por Kissinger para justificar sus alianzas con dictadores sudamericanos, hacia una concepción más idealista o principista. Argentina se transformó en un caso testigo para entender los alcances y límites de este viraje de la política exterior estadounidense en general, y de la política hacia América Latina y la Argentina en particular.

Sobre la política de derechos humanos y el vínculo Argentina-Estados Unidos durante la dictadura, es recomendable leer el reciente libro de William Michael Schmidli (2013)⁶. El quinto capítulo está dedicado específicamente a la problemática de los derechos humanos en la relación con la Argentina en el período transicional de 1978 a 1979. Desarrolla la amplia tarea de Franklin A. “Tex” Harris, funcionario en la embajada en Buenos Aires, quien se transformaría en un gran aliado de Patricia Derian para presionar en Estados Unidos en pos del recorte de la ayuda económica y la asistencia militar a la Junta Argentina⁷. Esta ofensiva, sin embargo, se topó con una enorme oposición por parte de la burocracia en Washington, la

⁶ Véase la reseña crítica que realizamos sobre esa investigación (Morgenfeld, 2015).

⁷ Entrevistamos personalmente a Tex Harris el 26 de marzo de 2016, en el marco de su visita a Buenos Aires para participar del acto que encabezó Obama en el Parque de la Memoria. Allí nos contó los enfrentamientos que tuvo con el propio embajador de Estados Unidos en la Argentina, quien era su superior, y cómo pudo sortear sus resistencias para reportar las violaciones sistemáticas de los derechos humanos y el terrorismo de estado. En abril de 2017 Estados Unidos desclasificó nuevos documentos, entre los cuales se encuentra la transcripción de una cinta enviada por Harris, en la realiza, ya en 1978, duras críticas a su propio superior, el embajador Raúl Castro (Ruiz, 2017).

cúpula empresarial, funcionarios de alta jerarquía de la Administración Carter, el Departamento de Defensa y los medios de comunicación conservadores. Schmidli describe la gran batalla que se dio en torno al voto estadounidense negativo para otorgar créditos a la Argentina en las instituciones financieras internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo o el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, que forzaron a Videla, por ejemplo, a aceptar la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en septiembre de 1979. Este incremento de la presión sobre la Junta –que se produjo también en un encuentro personal entre Carter y Videla en Panamá–, fue pasajero. Harris chocó sistemáticamente con su superior, el embajador en Buenos Aires, Raúl Castro, partidario de apoyar a la facción “moderada” de Videla y Viola. En Washington, en tanto, las críticas de los líderes empresarios, medios conservadores y sus representantes en el Congreso llegaron a su punto máximo, argumentándose que esta política principista enarbolada por Derian y sus acólitos perjudicaba la economía estadounidense: “Exacerbadas [esas críticas] por el creciente déficit en la balanza de pagos y el resurgimiento de la tensión en la *guerra fría*, hacia la segunda mitad de la presidencia de Carter la agenda de los derechos humanos iría debilitándose en el rubro de las prioridades de la política estadounidense” (Schimidli, 2013: 155).

En el sexto capítulo de su libro, Schmidli se ocupa de las relaciones bilaterales en los dos últimos años del gobierno de Carter, cuando la frustración de Derian se hizo palpable: la Casa Blanca inició un giro en su política hacia la Argentina, tendiente a normalizar el vínculo bilateral y a poner fin a las críticas oficiales al régimen. Esto respondió a los crecientes cuestionamientos de la empresarios y medios conservadores estadounidenses, que acusaban a la Administración Carter de obstruir las potencialmente provechosas relaciones comerciales con la Argentina, negándole créditos. Este cambio coincidió con la nueva etapa de la *guerra fría* que se inició en 1979, cuando se produjo la caída del régimen del Shá en Irán, la invasión soviética a Afganistán y el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua. Uno de los principales impugnadores del giro que se había producido en 1977 fue Zbigniew Brzezinski, asesor del *National Security Council*, quien señaló que las críticas a la Junta Militar Argentina por la violación de derechos humanos eran contraproducentes para los intereses estadounidenses. En los meses subsiguientes, Carter cedió ante la presión de la comunidad de negocios, en función de recomponer el vínculo con el *lobby* empresario, tras lo cual fluyeron nuevamente las transferencias de fondos hacia Argentina (en 1979, las exportaciones estadounidenses hacia el país del sur se incrementaron un 140% respecto al año anterior). En un porcentaje similar se elevó la deuda argentina con bancos internacionales privados,

liderados por los estadounidenses. Ese mismo año, se inició la colaboración de las fuerzas armadas argentinas en la lucha contrainsurgente en Centro América: se enviaron asesores a Honduras, El Salvador y Guatemala para contener la influencia sandinista. En síntesis, señala el autor, “En vista de las agresivas iniciativas soviéticas en África y las crisis en Irán y Nicaragua, Carter crecientemente se movió hacia las más tradicionales políticas de la guerra fría, postuladas por Brzezinski” (Schimidli, 2013: 174). La contracara de la creciente influencia de este asesor fue el ocaso de la política de derechos humanos impulsada por Derian, cuyo poder fue limado, hasta que renunció. El nuevo *giro* neoconservador, muestra el autor, antecedió al triunfo de Reagan en las elecciones de noviembre de 1980.

Entendemos que la posición de Kissinger frente a las dictaduras en la región –en particular el apoyo a Pinochet- fue clave para alentar a los golpistas argentinos en 1976, y luego para sostenerlos en el tiempo, a pesar de las presiones internas y de la oposición que planteaban los demócratas, de cara a las elecciones de noviembre de ese año. Incluso en 1978, cuando arreciaban en Estados Unidos las críticas a Videla por las violaciones de derechos humanos, Kissinger visitó la Argentina, donde se jugaba el Mundial de Fútbol. Hasta acompañó al dictador a visitar el vestuario visitante, en el polémico partido en el que la selección local terminó venciendo por 6 a 0 a Perú, lo cual le permitió avanzar en el torneo y posteriormente coronarse campeón. La presencia del influyente Kissinger en el país, y acompañando al presidente de facto argentino, en el centro de la atención internacional por el campeonato de fútbol, implicaba un claro apoyo, que pretendía contrarrestar las presiones de Derian, Subsecretaria de Estado para los Derechos Humanos y los Asuntos Humanitarios, en Washington, promoviendo su pérdida de influencia y su alejamiento del gobierno.

A propósito de la visita de Kissinger en 1978, escribió Jon Lee Anderson en agosto de 2016, cuando Obama desclasificó nuevos documentos sobre la dictadura argentina: “Dichos documentos revelaron que la Casa Blanca y oficiales del Departamento de Estado de los EEUU estaban absolutamente informados de la naturaleza sangrienta aplicada por los militares de la Argentina, y que además muchos de los que se enteraron de todo esto se habían horrorizado. Mientras que otros, sobre todo en el caso de Henry Kissinger, no los sorprendió. Es así que en 1978 en un cable enviado por el Embajador en los EEUU, Raúl Castro, mencionó una visita de Kissinger a Buenos Aires, en calidad de invitado del dictador Jorge Rafael Videla para presenciar la Copa Mundial de Fútbol. En dicho cable Castro escribió: ‘Mi principal preocupación es que Kissinger repitió varias veces su satisfacción por la acción desarrollada por la Argentina en pro de aniquilar el terrorismo y que este reconocimiento tal vez haya calado muy profundamente en el pensamiento de quienes lo

habían invitado”. Y además el Embajador Castro agregó, con cierto temor, “Existiría un cierto grado de peligro de que los Argentinos puedan utilizar estas declaraciones laudatorias emitidas por Kissinger como justificativo para endurecer aún más su posición con respecto a los derechos humanos” (Anderson, 2016). Una vez más, como en 1976, Kissinger fue clave para el aval estadounidense al terrorismo de Estado, a pesar de que ya no era funcionario y de que un sector del gobierno de Carter pretendía modificar esa política de alianza con la dictadura argentina.

Conclusiones

A principios de los años setenta, Estados Unidos recrudesció su cruzada anticomunista y contraria también a los nacionalismos en la región. La Casa Blanca, tras haber apoyado el golpe de Pinochet contra Allende, generó rechazo en muchos países del continente. Luego de esta acción, Nixon intentó recomponer las relaciones con América Latina. Kissinger prometió un *Nuevo Diálogo* con América Latina, que entusiasmó al canciller argentino Vignes, quien se (auto) vislumbraba como un posible mediador entre sus pares de la región y la Casa Blanca⁸. Tras la asunción de Cámpora, se prefiguraba una profundización de la política exterior con tendencia autónoma vinculada a la Tercera Posición. Hubo críticas a la OEA, intentos de romper el bloqueo económico a Cuba, revisar el TIAR y plantear un vínculo más intenso con los países latinoamericanos. Desplazados Cámpora y su canciller, Juan Carlos Puig, durante la gestión de Vignes al frente del Palacio San Martín hubo elementos contradictorios en la relación con Washington y tensiones con otros funcionarios influyentes del gobierno, como el ministro de Economía Gelbard (Vignes, 1982). Ya durante el mandato interino de Lastiri, se morigeraron los choques con la Casa Blanca. Cuando asumió Perón, si bien se mantuvieron los principios de la Tercera Posición, se moderó el enfrentamiento con Estados Unidos, en función del objetivo de atraer al país capitales de ese origen y conseguir mejor acceso al mercado estadounidense para las exportaciones argentinas (tal fue el planteo en el encuentro continental de Tlatelolco, México, en febrero de 1974).

Durante el gobierno de Isabel Perón, y en medio de una profunda crisis económica, la relación bilateral fue contradictoria. Se enviaron señales a la Casa Blanca para mejorar el vínculo -así puede leerse la elección del argentino Orfila al frente de la OEA, luego de que el gobierno argentino hubiera repudiado ese organismo y amenazado con abandonarlo-, a la vez

⁸ Una posición similar de *mediador* entre Washington y sus vecinos del sur había ensayado Frondizi en 1961, tras en torno a la revolución cubana. Analizamos esta fallida iniciativa en Míguez y Morgenfeld (2015).

que se anunciaron ciertas políticas nacionalistas que irritaron a Washington. Kissinger, si bien debía cuidar las formas, vio con buenos ojos la llegada al poder de los militares y les facilitó cobertura diplomática y apoyos políticos internos. El vínculo bilateral dio un giro radical desde marzo de 1976. Cuando se conoció el nombramiento del ministro de economía, Alfredo Martínez de Hoz, con fluidas relaciones con David Rockefeller y la gran banca estadounidense, se sumó el sostenimiento financiero. Videla proclamó rápidamente su alineamiento con Occidente y la lucha contra el comunismo como eje de su gobierno, siguiendo los mandatos de la *Doctrina de Seguridad Nacional*, lo cual le valió el apoyo de Kissinger. Más allá de acercamiento, hacia el final de la presidencia de Ford, los choques con Washington reaparecerían tras la asunción de James Carter, cuando los derechos humanos pasaron a ser uno de los ejes de la política exterior estadounidense y una recurrente fuente de conflicto con la dictadura argentina. Sin embargo, tras la vuelta a la Casa Blanca de los Republicanos, se criticó el oprobio al que Carter había sometido a la Junta Militar Argentina. Durante el gobierno de Ronald Reagan, el tema de los derechos humanos volvería al terreno de la *quiet diplomacy* que había cultivado Kissinger: las “observaciones” sobre esta temática sensible debían plantearse a través de canales reservados, no públicos. Dos meses después de asumir, Reagan anunció planes para convencer a los legisladores de derogar la prohibición de vender armamentos y suplementos militares a la Argentina, y en julio se terminó con la política de votar en contra de los créditos para la Argentina en las instituciones financieras internacionales, basada en el tema de los derechos humanos.

Kissinger fue una pieza clave en el vínculo de Estados Unidos con las fuerzas golpistas en la Argentina, antes, durante y después del 24 de marzo. Y, como mostramos en esta ponencia, siguió ejerciendo presiones a favor de la dictadura incluso hasta 1978, cuando ya no dirigía el Departamento de Estado y un sector del mismo pretendía sancionar al gobierno militar argentino por las reiteradas violaciones a los derechos humanos. Los nuevos documentos desclasificados recientemente aportan novedosas evidencias de la gran influencia de Kissinger, incluso en el breve período en el cual el grupo comandado por Derian tuvo mayor influencia en Washington.

Bibliografía

- Anderson, Jon Lee (2016) “Henry Kissinger ¿tendrá conciencia?”. En *El informador Público*. <<https://www.informadorpublico.com/internacional/henry-kissinger-tendra-conciencia>>
- Escudé, Carlos y Cisneros, Andrés (2000). *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Míguez, María Cecilia y Morgenfeld, Leandro (2015) “Las relaciones entre Argentina y Cuba y su impacto en el sistema interamericano en los años ‘60”, en Rapoport, Mario (director) *Historia oral de la política exterior argentina (1930-1966)*, Buenos Aires, Editorial Octubre), pp. 159-198.
- Morgenfeld, Leandro (2012a). “Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962)”, en *CICLOS en la Historia, la Economía y la Sociedad*, Año XXI, Número 39-40, pp. 133-163, Buenos Aires.
- Morgenfeld, Leandro (2012b). *Relaciones Peligrosas. Argentina y Estados Unidos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Morgenfeld, Leandro (2013). “Nelson A. Rockefeller en la Argentina: una visita incómoda tras el Cordobazo”, en *Revista Taller, Segunda Época*, Volumen 2, Número 2, julio 2013, pp. 90-104, Buenos Aires.
- Morgenfeld, Leandro (2014) “Argentina y Estados Unidos, golpe a golpe (1966-1976)” en *SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, Vol. 8, N. 2, noviembre, pp. 521-554.
- Morgenfeld, Leandro (2015) Reseña de Schmidli, William Michael: *The Fate of Freedom Elsewhere. Human Rights and U.S. Cold War Policy toward Argentina*, en *Rey Desnudo. Revista de libros*, Año 4, Número 7, primavera 2015, Buenos Aires, Argentina, pp. 99-106.
- Morgenfeld, Leandro (2017) “Kissinger and the Argentine Dictatorship” en Rojas, René, Bhaskar, Sunkara and Jonah, Walters (Eds.) *The Kissinger Century*, Verso (en prensa).
- Novaro, Marcos (2011). *Cables secretos. Operaciones políticas en la Argentina de los setenta*, Buenos Aires, Edhasa.
- Rabe, Stephen (2012). *The Killing Zone. The United States Wages Cold War in Latin America*, New York, Oxford University Press.
- Ruiz, Adolfo (2017) “Un cable desclasificado muestra la doble cara de EE.UU. durante la dictadura”, en *En redacción*, 18 de abril. En: <<https://enredaccion.com.ar/un-cable-desclasificado-demuestra-la-doble-cara-de-la-embajada-de-ee-uu-durante-la-dictadura/>>

- Schmidli, William Michael 2013 *The Fate of Freedom Elsewhere. Human Rights and U.S. Cold War Policy toward Argentina* (Ithaca, New York: Cornell University Press).
- Selsler, Gregorio (1971). *Los cuatro viajes de Cristóbal Rockefeller. Con su Informe al Presidente Nixon*, Buenos Aires, Hernández Editor.
- Sheinin, David (2006). *Argentina and the United States. An alliance contained*, Athens, University of Georgia.
- Verbitsky, Horacio (2017) “Además de tubos y limones. Los documentos desclasificados que Trump entregó a Macri”, en *Página/12*, 30 de abril.
- Vignes, Alberto Juan (1982). *Dos años de política internacional argentina, 1973-75*, Buenos Aires, Pleamar.

Breve CV del autor

Leandro Morgenfeld: nació en Argentina en 1977. Es Profesor y Licenciado en Historia, Especialista y Magíster en Historia Económica y de las Políticas Económicas, y Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. En 2013 culminó el Posdoctorado en Ciencias Sociales y Humanas (FFyL-UBA). Se desempeña como docente en las Facultades Ciencias Sociales y Ciencias Económicas de esa universidad y dictó en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación el seminario de posgrado “Historia de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos (1880-2010)”. Es Investigador Adjunto del CONICET, radicado en el Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI). Participa en distintos grupos de investigación, Co-coordina el GT-CLACSO “Estudios de Estados Unidos”, y actualmente dirige el Proyecto UBACyT 2016-2017: “Argentina y las relaciones internacionales en dos décadas turbulentas. Los sectores internos, las relaciones interamericanas y el vínculo con los Estados Unidos (1963-1983)”. Su primer libro fue *El ALCA: ¿a quién le interesa?* (2006). Compiló *El MERCOSUR EN CUESTIÓN. Integración económica e inserción internacional*. En 2011, publicó como autor *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955)* y, en 2012, *Relaciones Peligrosas. Argentina y Estados Unidos*. Escribió numerosos artículos, capítulos de libro y reseñas bibliográficas, publicados en revistas académicas de Argentina, Brasil, México, Estados Unidos, Colombia, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay, Venezuela y Panamá. Participa regularmente analizando las relaciones interamericanas en publicaciones periódicas, radios y programas de televisión. Dirige la página www.vecinosenconflicto.com